

ACTO DE ENTREGA DEL
“PREMIO MANUEL LEKUONA 1986”

A Andrés Eliseo de Mañaricua y Nuere

Bilbao, 22 de febrero de 1986

Edorta Kortadi, José Miguel de Barandiarán, Ander Manterola, Ignacio Olaberri, José M.^a Makua, Manuel Lekuona y Andrés de Mañaricua

EDORTA KORTADI

Andrés Eliseo de Mañaricua y Nuere 120 lan ditu argitaraturik, haue-tatik honako hauek nabarmen daitezkeelarik: “El matrimonio de esclavos”, Unibertsitate Gregorianoak 1940an argiratu, doktoradutsa tesian; “Santa María de Begoña en la historia espiritual de Vizcaya” (1950); “Las Ordenanzas de Bilbao de 1593”, (1954); “La Inmaculada de Vizcaya” (1954); “Obispado de Alava, Guipuzcoa y Vizcaya hasta finales del siglo XI” (1963); “Crónica de los señores de Vizcaya que fueron alcaldes de las apelaciones” (1971); “Historiografía de Vizcaya. De Lope García de Salazar a Labayru” (1971).

Argiratuta barria du oso obra garrantzitsua: “Vizcaya, siglos VIII al XI. Orígenes del Señorío (1984). Eta dagoeneko prentsatan du beste liburu bat: “Estudios sobre los orígenes de la cristianización del Pueblo Vasco”.

Xoan den avenduaren 20an Bizkaiko Foru Diputazioak, Bizkaiko Seme Bikain izendatu zuen.

Ikasle zenetik, Andrés Mañaricua Eusko Ikaskuntzako kide izan da. Arazo guzi hauengaitik, Eusko Ikaskuntzaren 1986ko Manuel Lekuona Saria jasotzeko merezimendu osoa emaiten diote. Euskal kulturaren alde oso osoa emandako lanagaitik: Opera Omnia. Eusko Ikaskuntzaren zenean berau sortu eta gaur egun bazkide babesleak dituen Araba, Bizkaia, Guipuzkoa eta Nafarroako Foru Aldundien izenean Euskal Herriko zientzilari eta ikerlariengo izenean milla esker Andrés Eliseo de Mañaricuari bere obra bikain eta zintzoagaitik, eta bere bizitza osoarengaitik eta ederragaitik. Señor D. Andrés Eliseo de Mañaricua y Nuere, Sr. D. Manuel Lekuona, Excmo. Sr. D. José María Makua, Diputado General de la Diputación de Vizcaya, Excmas. Autoridades Académicas, Señoras y Señores, muy buenos días a todos.

Nos reúne hoy aquí la persona y la obra de uno de los investigadores más serios y rigurosos del País Vasco, Andrés Eliseo de Mañaricua y Nuere.

La Sociedad de Estudios Vascos ha creído oportuno concederle precisamente por ello por su labor total Opera Omnia en favor de la cultura vasca el premio anual Manuel Lekuona 1986, consistente en un recia y espléndida escultura del artista hondarribitarra Remigio Mendiburu y rendirle así este pequeño homenaje de gratitud y de reconocimiento público. Es mucho lo que Vd. ha hecho desde el silencio y la docencia, en la Universidad de Deusto, gracias por todo ello. En anteriores ediciones este preciado galardón del mundo cultural vasco ha sido concedido al propio D. Manuel Lekuona Etxabeguren el año 1983; a D. Odón Apraiz Buesa, en 1984; a D. Casto Inza Arbeo, Padre Jorge de Riezu, 1985. Este año el galardón ha sido concedido por la Junta Permanente de la Sociedad de Estudios Vascos a D. Andrés Eliseo de Mañaricua y Nuere. D. Andrés nació en Bilbao el 10 de noviembre de 1911. Cursó los estudios eclesiásticos en los Seminarios de Logroño y Vitoria. Ordenado sacerdote en 1936, se desplaza a Roma, en cuya Universidad Gregoriana obtuvo el doctorado en Derecho Canónico, con la máxima calificación, y obteniendo por ello, además, la Medalla de Oro del Sumo Pontífice Pío XII. La propia Universidad Gregoriana publicó esta tesis doctoral.

Fue profesor del Seminario Menor de Vergara en los años 1940-44.

A partir de 1945 se dedicó a la docencia universitaria. Ha sido profesor numerario de Historia del Derecho, Derecho Romano y de Historia de Vizcaya, en la Universidad de Deusto, de cuya Facultad de Derecho fue decano en el período 1968-1972.

Fue Director de la Biblioteca del Seminario Diocesano de Bilbao entre 1956 y 1970 y Director asimismo de las revistas “Estudios de Deusto” y “Estudios Vizcainos”.

En 1974 creó y dirigió la Biblioteca Vasca del Instituto de Estudios Vizcainos.

Presidente de la Junta de las Semanas de Antropología Vasca 1970-1972.

Actualmente es:

- Miembro de Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos.
- Miembro de honor de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País.
- Fundador y miembro de honor del Instituto Labayru.
- Presidente efectivo del Museo de Artes e Historia de Durango.
- Director de la Biblioteca de Historia del Pueblo Vasco.

Colección de Publicaciones de carácter histórico de la Caja de Ahorros Vizcaina.

La obra escrita de D. Andrés comienza con un artículo en homenaje a E. de Escarzaga “Democracia Vasca” y continúa hasta nuestros días.

Un total de 120 publicaciones, entre las que caben destacar: “El matrimonio de los esclavos. Tesis doctoral editada por la Universidad Gregoriana en 1940”; “Santa María de Begoña en la historia espiritual de Vizcaya” (1950); “Las Ordenanzas de Bilbao de 1593” (1954); “La Inmaculada en Vizcaya” (1954); “Obispado de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya hasta fines del

siglo XI" (1963); "Crónicas de los Señores de Vizcaya que fueron Alcaldes de las apelaciones" (1971); "Historiografía de Vizcaya. De Lope García de Salazar a Labayru" (1972).

Recientemente ha publicado una obra fundamental: "Vizcaya, siglos VIII al XI. Orígenes del Señorío" (1984). Y está en prensa en nuevo volumen que recogerá sus "Estudios sobre los orígenes de la cristianización del Pueblo Vasco".

El día 20 de diciembre, la Diputación Foral de Vizcaya le nombró Bizkaiko Seme Bikain (Hijo Preclaro de Vizcaya).

Desde sus años de estudiante, D. Andrés de Mañaricua ha pertenecido y ha estado unido a Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos.

Por todo ello, la Sociedad de Estudios Vascos-Eusko Ikaskuntza concede este año este preciado galardón Manuel Lekuona 1986, por su obra total en favor de la cultura vasca a D. Andrés de Mañaricua y Nuere.

En nombre de la Sociedad de Estudios Vascos, en nombre de las 4 Diputaciones Forales de Alava, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya, que la fundaron y que son nuestros socios protectores. En nombre de la comunidad científica e investigadora del País Vasco, muchas gracias a D. Andrés por su espléndida y sincera bondad, por su precisa y fecunda labor.

Bien, tocaba en segundo lugar tomar parte a D. José Miguel de Barandiarán, presidente de la Sociedad de Estudios Vascos, que se halla ligeramente indispuerto, con un pequeño catarro, y ayer me dictó por teléfono lo que sigue:

D. JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN

"Uno de los quehaceres más importantes del historiador es sin duda la investigación sobre el entorno convirtiéndolo así en objeto de sus estudios. A este respecto, en nuestro país y en nuestros días el apreciable y respetable amigo D. Andrés de Mañaricua ha trabajado y trabaja en la búsqueda de las antigüedades de nuestro pueblo y son particularmente interesantes los estudios por él efectuados sobre los cristianos primitivos del País Vasco, sobre otros aspectos de la vida de nuestros antepasados de aquella vieja época. Estudios estos, además de los de derecho, que ha ido realizando a lo largo de los años conforme a métodos acreditados hoy en día en la historiología moderna. Por todo esto, nos es grato felicitar cordialmente a nuestro apreciado y muy respetado amigo D. Andrés de Mañaricúa". D. José Miguel de Barandiarán.

También se han sumado a este acto los Diputados de Cultura de Alava, Guipúzcoa y Navarra, que por sus obligaciones no pueden estar hoy con nosotros: Félix Martín Latorre, Xabier Lete, Román Felones, los investigadores José María Jimeno Jurío, Juan José Etxeberria, Jesús Altuna, Laura Aisenson, Luis Ansorena, José Ramón Scheiffer, Angel Martín Luque y el equipo de medievalistas de la Universidad de Pamplona. Asimismo hemos

recibido dos telegramas: uno del Sr. Consejero de Educación, Universidades e Investigación, que dice: "Ante la imposibilidad de mi asistencia, mi más sincera enhorabuena y reconocimiento", Juan Churruca. Y también otro de D. Javier Aizarna, Presidente de las Juntas Generales de Guipúzcoa, que dice: "Ruego a Vd. encarecidamente tenga a bien presentar mi saludo y felicitación más sinceros al profesor D. Andrés Eliseo de Mañaricua y Nuere en el acto de entrega al mismo del Premio Manuel de Lekuona 1986. Tengo el propósito de personarme en esta celebración a la que probablemente me incorporaré con retraso al haber coincidido en San Sebastián un acto al que considero mi asistencia como ineludible".

En segundo lugar tiene la palabra Ander Manterola, Vicepresidente por Vizcaya de Eusko-Ikaskuntza.

ANDER MANTEROLA

Agintari agurgarriok, Euskalerrri osotik etorri zaretzen Eusko-Ikaskuntzako bazkide eta adiskide guztiok. Ez da au Andrés Mañaricua jaunari opatzen yakon lehenengo omenaldia. Orain oraindiño gure erakunde nagusiak, gure Foru Aldundiak Bizkaiko Seme Bikain izendatu dau D. Andrés, erebagi zuhurra eta txalogarria artu dabe. Deustuko Unibertsitateak ere bere bizitzako ainbeste urtetan historia eta zuzendari arloetan bertan irakasle izan dana bein baino geiagotan omendu izan da. Euskalerrriaren Adiskideen Elkarteak ere beragaz artu emon estuak izan dituan gizon honi oraintsu egin deutso beste omenaldi bat. Eta beste erakunde batzuk ere agertu dabe D. Andrés'eganako ezaguera eta begigunea. Oraingo honetan Eusko-Ikaskuntzari eldu jako txandea, izan be D. Andrés'ek gure erri eta eliz historia ezagutzeko izan daben aleginak leku gorenean ipinten dau bere izena. D. Andrés'ek Eusko-Ikaskuntzagaz dauan loturea ez da atzo goizekoa. Orain ia irurogei urte 1936'ko guda baino lehen oraindiko ikas bezala emon eban bere izena Eusko-Ikaskuntzan bazkide ikasle legez, eta lotura onek jarraitu eban berrogei urtez gure alkarteak jazan eban lan eten au jaube. Erbeste aldi orretan, 1947an ain zuzen, Société Internationale d'Etudes Basques zortu zanean eta Eusko Jakintza Revist Société Basque argitaratzen asi, D. Andrés izan genduan mugaz emendik goi mailako aldizkari honek euki eban arpidedun bakanetarikoa. Zoritxarrez ez eban luzaro iraun alkitalpen honek, orduko egoera politiko lekorra zala-ta. Eta 1978-garren urterarte itxaro bear izan genduan demokrazioako libertadeak etorri arte, Eusko Ikaskuntza Oñatiko Batzar Nagusian bere lehengo lanari ekin egion. Asiera urratz honetan ere han izan genduan D. Andrés, txosten baten bidez azken berrogei urteotan gure herriko historia ikerketen eta ikasketen nondik norakoen azamnn sa jon kat egiten. Ezan izan, ostera, bere itzaldia ordurarte egindako kontu emote utsa. Aurrerantzeko lan programa bat agertu eban D. Andresek bertan, batezbe Artxibogintzan eta historia ikerketetan artu bearreko bide barrie buruz. Uste dogu, Eusko Ikaskuntzak jaso daua D. Andresek

emondako mesu eta programa hori Oñatiko Batzar Nagusian. Ikastaroen eta lan sailen bitartez, Eusko Ikaskuntzak sendo eldu dautso zeregin honeri azken sortzi urteotako epealdi barri horretan.

Dignísimas autoridades, amigos de Eusko Ikaskuntza, amigos todos: Eusko Ikaskuntza rinde hoy a D. Andrés de Mañaricua un homenaje que forma el Premio Manuel de Lekuona 1986, por su importante y cualificada aportación al conocimiento de la historia vasca y en especial a la historia de Vizcaya. Con este acto se suma a la Sociedad de Estudios Vascos, a los varios homenajes que viene recibiendo de las instituciones vascas, entre las que cabe destacar por su importancia y aun reciente que le ha tributado nuestra Diputación Foral proclamándole “Bizkaiko Seme Bikaina”. Las investigaciones realizadas, las tesis sostenidas, las afirmaciones vertidas por él en sus múltiples publicaciones son unánimemente reconocidas dentro y fuera de nuestro país como documentadas y ponderables. Todos otorgan a D. Andrés de Mañaricua un lugar preeminente como historiador, pero una obra realizada es inseparable de la persona que lo realiza y en este acto rendimos homenaje a su persona. En su labor él ha sabido unir siempre, pero la pasión, que como él mismo ha dicho, es el gran peligro que acecha a todo historiador en todo tiempo. A través de los diversos temas que ha estudiado y publicado uno se encuentra, primeramente, con el investigador que ha trabajado pausada, rigurosa y continuamente, y en esto su obra escrita es reflejo de su personalidad sólida, honrada y prudente. Probablemente el estudio más compenetrado con sus escritos no dejará tampoco de percibir en muchos casos una ironía, nunca fue ante aquellas posiciones antinómicas como son la pasión, la afirmación gratuita o la divagación. No es, pues, extraño que su obra infunda un profundo respeto a los historiadores y una actitud más cautelosa ante los aficionados a la historia. En unos y otros, y cuanto más en aquellos que se han aproximado y se han comunicado personalmente con D. Andrés, lo que se experimenta es una sensación de seguridad, la de discurrir por un proceso afirmativo fundamental, la de calidad pisando tierra firme, la de quedar alertado ante posibles rutas equivocadas. En este momento, también, yo quiero huir del elogio infundado y para justificar este peligro permitidme una pequeña anécdota. En el programa que Eusko Ikaskuntza ha editado para este acto que estamos celebrando, aparece una resumida relación de sus obras más importantes, una de ellas y en concreto la última por él publicada: “Vizcaya, siglos VIII al XI”, es calificada en esta relación como una obra fundamental; creíamos que esta calificación laudatoria de fundamental se la otorgaría sin ninguna reticencia todos los que han estudiado el tema de los orígenes de Vizcaya, quizá todos, pero no él, anteaer nos recriminaba amablemente diciendo: —Vosotros creéis que esta es una obra fundamental. —¿Por qué razón? —Nos vimos en dificultades para improvisar una respuesta que quedó en balbuceo. D. Andrés aplica el rigor, incluso con las alabanzas que se hacen a su obra, por ello comprenderán Vds, la sensación de zozobra que me embarga al hablar laudatoriamente de D. Andrés, delante de él. La faceta de investigador en la que tantos años, días y horas de su vida ha estado empeñado, no agotan la persona-

lidad de D. Andrés, más aún, quienes nos acercamos a su persona, sólo desde ese ángulo los rasgos expuestos tratarían simplemente de una caricatura.

Intentaré describir mediante algunos pocos datos otras facetas de su personalidad como educador, como promotor de instituciones culturales vascas, como alentador de iniciativas sociales. Cuando en los años 50 la Universidad de Deusto, en la que era profesor desde 1946, tenía unas proporciones quizás más humana, D. Andrés no se limitó a la enseñanza desde la altura de la cátedra, agrupó a los alumnos en enseñar Ciencias Sociales y Políticas y como fruto de esta actividad apareció la revista "Deusto" en la que los propios alumnos publicaban los resultados de sus primeras investigaciones. Esta iniciativa de D. Andrés nos trae al recuerdo aquella otra similar que su maestro D. José Miguel de Barandiarán y D. Manuel de Lekuona realizaban en el Seminario de Vitoria con la revista *Gymnasium*. Por aquella misma década la inquietud por la justicia social que siempre ha sentido D. Andrés hondamente le llevó a la creación de "Fraternidad Cristiana" con el espíritu de fomentar entre los ciudadanos y entre los cristianos una comunicación cristiana de los bienes. Su permanente interés por alentar los estudios referentes al País Vasco quedó bien reflejada en su participación directiva y entusiasmada en aquella semana de Antropología Vasca que al filo de la década de los setenta y con la colaboración de diversas personalidades e instituciones anunciaba una recuperación de los estudios vascos en el país. Esta misma inquietud queda reflejada en su permanente vinculación a la Sociedad Vascongada de los Amigos del País dentro de la cual asumió la publicación de la revista "Estudios Vizcainos". Quince años de su vida dedicó a la creación de la Biblioteca del nuevo Seminario Diocesano de Vizcaya, labor callada, cualificada y hecha con gratuidad total. En la Universidad de Deusto creó la Biblioteca Vasca del Instituto de Estudios Vizcainos, posibilitando de este modo los estudios y las investigaciones referentes al país en diversas disciplinas. Una de las características que le definen a D. Andrés es la de haber ofrecido siempre una aptitud y una colaboración generosa a las instituciones culturales que han ido existiendo en el seno de nuestra sociedad en las últimas décadas. Mencionaré entre otras su contribución a la creación y al desarrollo del Instituto Labayru, más recientemente aún a la creación del Museo de Arte e Historia de Durango y con la que siempre ha estado, efectiva y afectivamente, ligado. Quien conoce a D. Andrés de cerca, quien ha trabajado en pro de la cultura vasca, quien ha realizado algún proyecto de investigación, reconocerá y muchos de Vds. aquí presentes son testigos cualificados de lo que digo, habrán encontrado en la persona de D. Andrés una atención generosa, una orientación cargada de experiencia y sabiduría. Este es el rasgo de su personalidad, quizá conocido por pocos, pero que ha creado en sus colaboradores profundos vínculos espirituales de respeto y de amistad. Para terminar no debo ocultar, de ninguna manera, su condición y su vocación sacerdotal; condición de la que nunca alardeó y que nunca la ha ocultado, ejerciéndola con una dignidad y con una sensibilidad espiritual ejemplares. Esta condición y esta vocación ha impregnado en su misma tarea investigativa; muchos decenios de su vida han estado dedicados a

investigar los orígenes espirituales del pueblo vasco, a esclarecer las primeras manifestaciones cristianas de nuestro pueblo. Amor y rigor, vocación y trabajo se han fusionado en su persona. Eskerrik asko D. Andres egin dozun lanagatik, eskerrik asko erakutsi dauskuguz bizitza ereduagatik.

A continuación tiene la palabra D. Ignacio Olábarri, Catedrático de Historia Contemporánea por la Universidad de Navarra y miembro de Eusko Ikaskuntza.

IGNACIO OLABARRI GORTAZAR

ESTADO ACTUAL DE LA HISTORIOGRAFIA VIZCAINA

Al iniciar mi intervención en este solemne acto académico en el que se va a ofrecer a D. Andrés de Mañaricua el Premio Manuel Lecuona 1986 de Eusko Ikaskuntza, no puedo menos de expresar mi gratitud a los organizadores del acto por haberme honrado con el encargo de participar en él para hablar del estado actual de la historiografía vizcaína. Es, en efecto, para mí un verdadero honor —que no deja de producirme una cierta vergüenza, tanta es la distancia entre la importancia del encargo y la valía profesional de quien os habla— hablar en Bilbao, en *mi* Bilbao, de un asunto —el estado actual de nuestra historiografía— que me ocupa y preocupa desde hace años, ante un público tan selecto, en el que se encuentran, como es patente, tantas personas de méritos muy superiores a los míos, tantos maestros a quienes admiro; y, de forma muy particular, es un honor, y una responsabilidad, hablar ante el propio D. Andrés de Mañaricua, primera autoridad en el estudio de la historiografía de Vizcaya y, además, universitario de cuerpo entero y hombre de una pieza: un verdadero maestro, en fin, de quien tanto he aprendido a través de la lectura de sus obras y también de su conversación siempre precisa y amena, de la que he tenido el privilegio de gozar en los últimos años con frecuencia —aunque siempre menos de la deseada por mí.

Decía que D. Andrés, como todos Vds. saben bien, es justamente reconocido hoy, no ya sólo por sus antológicos estudios del mundo medieval vasco, de historia jurídico-canónica y de la historia religiosa del País, sino también por ser indiscutiblemente el mejor conocedor de la historiografía de Vizcaya, desde los primeros siglos de existencia del Señorío hasta nuestros días. Pues bien, precisamente en los últimos diez años en todo el mundo se ha despertado un creciente interés por el estudio histórico de la historiografía, desde perspectivas teóricas y metodológicas renovadas: buena prueba de ello son —por poner sólo algunos ejemplos— la todavía reciente constitución de la Comisión Internacional de Historia de la Historiografía —cuyas sesiones, por cierto, han sido las seguidas con mayor atención y por mayor número de historiadores en el último Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en agosto de 1985 en Stuttgart—, el gran número y el éxito de los coloquios y Congresos que la citada Comisión ha patrocinado, y la

publicación, desde 1982, de la revista internacional *Storia della Storiografia*.

La obra de D. Andrés, y mi propio interés por esa nueva y apasionante vía de aproximación al conocimiento de la historia que es el estudio de la concepción, idea o imagen que de su pasado ha forjado cada pueblo y cada generación, se han conjugado en esta ocasión, felizmente para mí. Antes de entrar de lleno en materia es preciso, sin embargo, acotar el terreno y marcar con toda claridad los límites de mi exposición: en primer lugar, desde luego, los que se derivan del carácter de este acto y del tiempo que se me ha concedido; en segundo término, los que dimanar de la creciente especialización de los estudios históricos en nuestros días: al fin y a la postre, soy un “contemporaneísta” —perdónenme por el uso de expresión tan poco agraciada— y, aunque he procurado informarme del estado actual de los estudios sobre las etapas anteriores de nuestra historia, por necesidad habré de poner el acento en las más recientes investigaciones referentes a los dos últimos siglos de la historia del País.

Una tercera advertencia: se me ha pedido que hable del estudio actual de la historiografía vizcaina y he procurado limitar mis consideraciones al ámbito de nuestro viejo Señorío; pero es claro que, para mejor entender el caso vizcaino, serán necesarias frecuentes alusiones a la historiografía vasca en su conjunto; a la historiografía española y —en menor grado— a la francesa; y, “last but not least”, a la evolución reciente de los estudios históricos en el mundo europeo y occidental en el que estamos insertos.

Insisto en esta último punto porque en las más recientes presentaciones del actual panorama historiográfico vasco (1), y muy particularmente en las de Extramiana y García de Cortázar-Montero, uno de los “leitmotive” es, sin duda, el de la reciente incorporación de los historiadores vascos a las modernas tendencias historiográficas. En la medida en que coincido con algunas de las apreciaciones que en los citados ensayos se hacen y disiento de otras, me ha parecido oportuno centrar ahí mi exposición. En ella abordaré, en primer lugar, la evolución de la historiografía vizcaina en los primeros sesenta años de nuestro siglo; me referiré después a la llamada “revolución historiográfica” del siglo XX, para pasar inmediatamente a analizar el modo en que los historiadores vizcainos hemos asimilado la “nueva historia” surgida de tal revolución; por último, trataré de la reciente crisis de esa “nueva historia” y —desde dicha perspectiva— del momento actual de la historiografía vizcaina.

(1) Vid. A. E. DE MAÑARICUA: “Estudios históricos en el País Vasco”, en J. M. BARANDIARAN *et al*, *Estado actual de los estudios vascos* (San Sebastián, Sociedad de Estudios Vascos, 1979), pp. 133-140; J. A. GARCIA DE CORTAZAR y RUIZ DE AGUIRRE. “Los estudios de tema medieval vascongado: un balance de las aportaciones de los últimos años”, *Saioak*, 1 (1977), pp. 181-291; J. EXTRAMIANA, “Historiografía vasca reciente”, en M. TUÑON DE LARA *et al*, *Historiografía española contemporánea* (Madrid, Siglo XXI, 1980), pp. 399-428; F. GARCIA DE CORTAZAR y M. MONTERO, “Historiografía”, en su *Diccionario de Historia del País Vasco* (San Sebastián, Txertoa, 1983), I, pp. 402-444.

1. La historiografía vizcaína en los primeros sesenta años de nuestro siglo

A primera vista puede parecer chocante que consideremos como un todo con personalidad propia la producción historiográfica vasca de la primera mitad larga de nuestro siglo. Parece como si el tremendo hachazo que supuso para la vida del País en su conjunto la guerra civil de 1936-1939 hubiera necesariamente de reflejarse en la periodización de nuestra historia cultural y científica; y en buena medida es así.

Sin embargo, quizá porque es ésta la vía más seguida a la hora de considerar la evolución de nuestra cultura contemporánea, me interesa ahora destacar los elementos de continuidad que indudablemente existen entre la labor del primer tercio de siglo y la producción de los años cuarenta y cincuenta.

El propio D. Andrés de Mañaricua ha escrito, en su citada ponencia de 1979: “La crisis provocada por el inicio de la guerra civil en 1936 llegó en un momento de florecimiento de los estudios vascos y, en concreto de los históricos (...). La guerra civil y las circunstancias políticas subsiguientes fueron un duro golpe contra los estudios vascos en todos sus aspectos (...). Pero pronto comenzaron a aparecer revistas en que la historia ocupaba una buena parte (...y colecciones de libros) y las semanas o congresos celebrados (...). Seamos objetivos —dice más adelante D. Andrés, que discrepa de quienes se lamentan “de que nada se ha hecho, de que todo está por hacer”—. “No. No todo está por hacer (...). No todo está por hacer —concluye—, pero queda mucho que hacer” (2).

Al examinar retrospectivamente la producción historiográfica vizcaína de los primeros sesenta años de nuestro siglo, parece claro que el punto de partida debe ponerse en la monumental obra de Labayru. Como dice D. Andrés en las páginas finales de su *Historiografía de Vizcaya*, Labayru —que “con todos sus defectos y sus méritos es una cumbra en nuestra historiografía”— “cierra el siglo XIX y abre el XX. Sin embargo, y a pesar del avance que significan los grandes infolios del presbítero bilbaino —comenta también D. Andrés— entra Vizcaya en el siglo XX sin tener aún esa ‘historia’, esa relación de su pasado ordenada, sistemática, orgánica y armoniosa, que desearíamos; la que definirían los grandes metodólogos del siglo pasado” (3).

“Los grandes metodólogos del siglo pasado”: bajo esta última referencia de D. Andrés creo que está una de las claves para comprender la evolución de nuestra historiografía contemporánea. En efecto, a nuestro entender, no es exagerado afirmar que sólo en la primera mitad del siglo XX se puede considerar definitivamente arraigada en España —en cuyas Universidades se forman los historiadores vizcaínos— la configuración de la Historia como una ciencia, tal y como cien años antes la había formado la Escuela Históri-

(2) A. E. DE MAÑARICUA, op. cit., pp. 133-136.

(3) A. E. DE MANARICUA: *Historiografía de Vizcaya (Desde Lope García de Salazar a Labayru)*, 2.^a ed., Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1973, pp. 437-8.

ca alemana. Ciertamente, ello había sido posible gracias a la labor que en el último cuarto del siglo pasado desarrollaron algunos autodidactos geniales como Hinojosa, el P. Fita, Codera y, sobre todo, Menéndez y Pelayo, a quien el historiador norteamericano Foard llamaba recientemente “el Fichte español”. Con ellos llegan a España el método crítico y su aplicación a la historia política, institucional y cultural; pero será la primera generación de sus discípulos (figuras señeras como las de Rafael Altamira, Ots Capdequí, Menéndez Pidal o Sánchez Albornoz) la que podrá institucionalizar su labor, que no quedará, pues, desde entonces, limitada a la acción de unos gigantes aislados, apoyados en una red de voluntariosos eruditos locales.

Lo que se traslada a España —directamente o vía Francia— es la *práctica* historiográfica alemana, más que unos principios historicistas de difícil desarrollo en un país que sólo parcialmente incorporó a su acervo cultural el idealismo filosófico. Y esa práctica es la que marca la pauta del trabajo historiográfico antes y después de la guerra civil, la que siguen tradicionalistas y liberales, conservadores y demócratas, monárquicos y republicanos, al menos hasta los primeros años cincuenta y en muchos aspectos bastantes más allá.

Creo que estas mismas consideraciones (4) —con algunos matices que procuraré esbozar a continuación— son válidas para el País Vasco continental y, más concretamente, para Vizcaya. Además, por supuesto, de la labor en equipo que “los tres trogloditas” (Eguren, Aranzadi y D. José Miguel de Barandiarán) realizaron en Prehistoria y Arqueología y de los trabajos etnológicos del propio Barandiarán —y conocemos bien la importancia de estas disciplinas para salvar lo que, en un interesante artículo, llamaba D. Manuel de Lecuona los “escollos de nuestra historiografía” (5); además de ellos son, para Vizcaya, Teófilo Guiard y Carmelo de Echegaray las dos figuras que, en los primeros decenios de nuestro siglo, mejor representan esa historiografía profesional de quienes, formados en las aulas universitarias y en relación con sus colegas españoles —y no sólo españoles—, abordan el estudio histórico del País procurando seguir el camino trazado por esos “grandes metodólogos del siglo pasado”, desde Johann Gustav Droysen hasta Langlois y Seignobos.

Estos hombres, uniendo esfuerzos con otros historiadores tan relevantes como Iturralde y Suit, Campión, Serapio Múgica, etc., procuraron también institucionalizar su labor, a pesar del “handicap” que suponía no contar con una Universidad Vasca. Las Comisiones de Monumentos jugaron un importante papel: es bien conocida la meritoria labor llevada a cabo por la Comisión navarra, formada prácticamente por los mismos hombres que en

(4) Véase un tratamiento mas extenso, y dotado del correspondiente aparato crítico, de la evolución historiográfica española del siglo XX, en I. OLABARRI: “La recepción en España de la ‘revolución historiográfica’ del siglo XX”, en la obra colectiva *La historiografía en Occidente desde 1945* (Pamplona, EUNSA, 1985), pp. 87-109.

(5) M. DE LECUONA: “Ecollos de nuestra historiografía (Normas de buen sentido para nuestros Historiógrafos)”, *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, XXVII (1971), pp. 3-18.

1877 fundaron la Asociación Euskara; pero quizá no lo es tanto la de Vizcaya, que en 1908, después de un largo período de inactividad, iniciaba una labor fecunda, que tuvo como primer fruto un *Boletín* cuyo primer tomo apareció en 1909, bajo la inspiración sobre todo de Carmelo de Echegaray, quien firmaba el primer artículo de la nueva revista, titulada “Nuestras aspiraciones” (6).

Como es sabido, el peldaño más firme en dicho proceso de institucionalización, no sólo de la historiografía, sino de todos los ámbitos de la cultura vasca, fue la Sociedad que hoy nos congrega a todos aquí, nacida del Congreso de Oñate, y que no llegó en su primera época a ver realizada una de sus aspiraciones máximas, como era precisamente la creación de la Universidad Vasca. Sin embargo —y como ponen bien de manifiesto las densas páginas que Idoia Estornés Zubizarreta ha dedicado a la labor de Eusko Ikaskuntza en la primera etapa de su trayectoria, hasta 1936 (7)—, es fundamentalmente en torno a la Sociedad como se produce ese florecimiento de los estudios vascos y en concreto de los históricos, al que, citando a D. Andrés, no referíamos antes (Como es sabido, la guerra civil interrumpió la labor de la Sociedad precisamente cuando se estaba preparando, para el mes de setiembre de 1936, un nuevo Congreso de Estudios Vascos, de temática histórica, en cuya organización trabajaba con ahinco, entre otros, el joven D. José María Lacarra).

Otro rasgo define el estado de la historiografía vizcaina, en particular, y vasca en general, durante el primer tercio de nuestro siglo: el polémico enfrentamiento entre dos concepciones radicalmente distintas del pasado vasco, por más que —paradójicamente, y como he intentado recientemente demostrar a través de una polémica concreta, la que entre 1921 y 1931 se desarrolló en Navarra en torno a Amayur (8)— aquello que separaba a los contendientes, que no era el método, sino lo que Arturo Campión denominaba el “criterio histórico”, tuviese en ambos bandos una innegable raíz común: el nacionalismo historiográfico, español en un caso, vasco en otro. En Vizcaya, los debates historiográficos entre nacionalismo vasco y nacionalismo español no han sido aún estudiados con detenimiento, aunque es bien conocido de todos el “criterio histórico” españolista que movió a Gregorio de Balparda a escribir su importante e inacabada *Historia crítica de Vizcaya y de sus Fueros*.

Con el triunfo del bando nacionalista (como es sabido, así denominaban muchos medios de comunicación extranjeros al dirigido por el general Franco) en la guerra civil, el conflicto entre nacionalismos quedaba violenta,

(6) C. DE ECHEGARAY: “Nuestras aspiraciones”, *Boletín de la Comisión de Monumentos de Vizcaya*, Tomo I, Cuaderno I (enero, 1909), pp. 3-9.

(7) I. ESTORNÉS ZUBIZARRETA: *La Sociedad de Estudios Vascos. Aportación de Eusko Ikaskuntza a la cultura vasca (1918-1936)*, San Sebastián, Ed. Eusko Ikaskuntza, 1983.

(8) I. OLABARRI J. M. SANCHEZ-PRIETO: “Un ejemplo de *Richtungskampf* en la historiografía navarra contemporánea. La polémica en torno a Amayur (1921-1931)”, en J. L. MELENA, ed., *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae* (Vitoria, Universidad del País Vasco, 1985) II, pp. 1309-1327.

artificial y por tanto sólo aparentemente enterrado (ni siquiera aparentemente para aquellos que podían conocer las obras históricas que, por ejemplo, publicaba en Buenos Aires la editorial Ekin desde 1942). Pero si en esto, desde luego, el impacto de la guerra fue brutal, creo en cambio que los primeros e importantes pasos que la historiografía universitaria vasca, y más concretamente vizcaina, había dado antes de 1936, encontraron una continuidad en la actividad historiográfica de las décadas de 1940 y 1950: continuidad en los problemas estudiados, en el método empleado, en los esfuerzos institucionalizadores; continuidad bien representada, en fin, por figuras que se habían formado —y, en algunos casos, habían dado ya importantes frutos— en el ambiente cultural anterior a 1936 y que, aún en medio de sinsabores y dificultades, siguieron después realizando su trabajo y desarrollando una fecundísima labor de magisterio: D. José Miguel de Barandiarán, D. Manuel de Lecuona y otros nombres eximios como los de D. Julio Caro Baroja, D. José María Lacarra o nuestro D. Andrés, pueden dar fe de ello.

2. La “revolución historiográfica” del siglo XX

En diferentes trabajos, publicados a lo largo de los diez últimos siglos, Georg Iggers ha aplicado al desarrollo contemporáneo de nuestra disciplina los conceptos elaborados por Thomas S. Kuhn para la historia de la ciencia en general. La constitución por Ranke y sus discípulos de la Historia como ciencia independiente a comienzos del siglo XIX supuso —afirma Iggers— una verdadera “revolución historiográfica”, introductora de un nuevo “paradigma”, que a lo largo de aquel siglo fue siendo progresivamente aceptado en casi todos los países cultos, alcanzando así el estadio que Kuhn califica como de “normal science”. Pero en los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, el paradigma rankiano comenzaría a ser cuestionado por pequeños grupos de historiadores vanguardistas en diversos países: Lamprecht y sus seguidores en Alemania, la “New History” de James Harvey Robinson y Charles Beard en los Estados Unidos, los colaboradores de la *Revue de Synthèse historique* de Henri Berr en Francia...

¿Constituyen estos movimientos, junto con la posterior aparición de la escuela de *Annales*, distintas manifestaciones de una nueva “revolución historiográfica”? Iggers lo duda, argumentando que de aquellos movimientos innovadores —a los que habría que añadir los primeros ejemplos de influencia del marxismo en la profesión histórica— no surgió un nuevo paradigma, sino varios. Para mí tiene más importancia la constatación —que el citado autor también hace, si bien dándole otro significado— de que, en el fondo de los movimientos habitualmente considerados como renovadores de nuestra disciplina en el siglo XX, subyacen las mismas “orientaciones” (9) ideológicas

(9) Utilizo este término en el sentido en que lo hace, en un artículo muy clarificador, K. REPGEN, “Historiografía alemana actual: Métodos científicos o luchas de orientaciones ideológicas”, *Revista de Estudios Sociales*, 3.ª época, 1 (1979), pp. 59-84 (el original, en la revista *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, 30, 1979, pp. 591-610).

e intelectuales que habían vivificado también los principales esfuerzos historiográficos del siglo XIX: la tradición hermenéutica que, nacida con los hombres de Göttingen y con Ranke, teorizaron después en el campo de la Historia Droysen y en el de la Filosofía Dilthey; la tradición nomológica que, si bien tiene raíces más antiguas, se manifiesta explícitamente en el positivismo de Augusto Comte y sus discípulos; y, por último, la tradición materialista-dialéctica o marxista que, a diferencia de las dos anteriores, no dio frutos propiamente historiográficos que puedan considerarse significativos hasta nuestro siglo. Es especialmente importante entender que las tres tradiciones citadas tienen en común —a pesar de las grandes diferencias que las separan en otros aspectos— un enfoque *historicista* del hombre y de la sociedad; en las tres —si bien, como es lógico, de manera diversa— es pieza básica la tesis que en afortunada expresión sintetizó Ortega: que “el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia. O, lo que es igual: lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia al hombre”.

Aunque no sea éste el momento de desarrollar mi argumentación (10), creo que, desde el punto de vista estrictamente teórico, no existe “revolución historiográfica” en el siglo XX; sin embargo, sería una deformación de la verdad no señalar al mismo tiempo —aunque, por ser fenómeno tan conocido, no me detendré en describirlo— que, por primera vez desde comienzos del siglo pasado, a partir sobre todo de 1945 se ha producido una verdadera revolución en la *práctica* historiográfica. Nuevos temas, nuevas fuentes, nuevos métodos y técnicas...: sólo en los últimos decenios se han desarrollado, con una variedad y una amplitud verdaderamente asombrosas, todas las consecuencias prácticas de unos principios filosóficos ya antiguos (y, en muchos aspectos, anticuados). En este sentido, y hechas las salvedades anteriores, visto el contraste entre el actual panorama historiográfico mundial y el de hace cincuenta años, no cabe duda de que la expresión “nueva historia” (sobre todo si el singular se transforma en plural) es muy apropiada.

En España, sólo a partir de 1950 empiezan a hacerse notar, lentamente, las nuevas tendencias historiográficas surgidas en el extranjero: la representada por la revista *Annales*, la marxista en sus diferentes variantes, las nuevas versiones y desarrollos del positivismo, funcionalismo y conductismo que permean la obra de los historiadores norteamericanos que se consideran “social scientists”... De todas ellas, las más influyentes han sido las dos primeras, los *Annales* y el marxismo: los *Annales*, a través del ilustre historiador catalán Jaime Vicens Vives y sus discípulos y también de aquellos españoles que trabajaron directamente en París con el recientemente fallecido Fernand Braudel (Vázquez de Prada y Ruiz Martín entre ellos), hasta que, ya en los años sesenta, la lectura directa de la revista y de los libros de las figuras punteras del grupo y los cada vez más fáciles contactos internacionales generalizaron la influencia de los puntos de vista de *Annales* entre los jóvenes y menos jóvenes historiadores españoles.

(10) Lo hago en el artículo citado en nota 4, así como en el titulado “En torno al objeto y carácter de la ciencia histórica”, *Anuario Filosófico* (Pamplona), XVII (1984), pp. 157-172.

En cuanto al marxismo, cuyo influjo en España puede considerarse consolidado en 1970 (primer Coloquio de Pau, fundación de la revista *Recerques*), tuvo su principal mentor extranjero en Pierre Vilar y su máximo difusor en Manuel Tuñón de Lara. En su formación influyeron el pensamiento de los más diversos teóricos marxistas (en particular Gramsci y Althusser) y la labor historiográfica de los marxistas franceses (Labrousse, Vilar, Soboul, Salomon), ingleses (Hobsbawm, Dobb, Hill, E.P. Thompson) y polacos (Kula, Topolski). El influjo del marxismo ha sido muy grande en la joven generación de historiadores españoles de hoy y, a diferencia de lo que ocurre en los países de origen, no parece haber decrecido en los últimos años.

3. La recepción por la historiografía vizcaina de la “nueva historia”

En su ensayo de 1983 Fernando García de Cortázar y Manuel Montero sitúan en torno a 1965 el momento de arranque en el País Vasco de “una nueva historia” (11).

A mi modo de ver, García de Cortázar y Montero definen bien algunas de las notas principales que caracterizan esa “nueva historia” vasca y vizcaina: la primera, la profesionalización del oficio de historiador, hecha posible y puesta de manifiesto al mismo tiempo por la difusión de enseñanzas y la creación de centros universitarios, por la más tardía creación de sociedades científicas e institutos de investigación y por la aparición de nuevas revistas. En este punto me gustaría únicamente añadir que los profesionales de la historia han contado durante estos últimos años con un instrumento que ha favorecido enormemente su trabajo, la *Eusko Bibliographia* de Jon Bilbao; y que, por el contrario, se han visto frecuentemente frenados en su labor por la lamentable situación de muchos archivos —sólo en algunos casos imputable a los propios archiveros—, aunque ciertamente en los últimos años se ha mejorado notablemente en este campo, como lo muestran la confección de los Censos-Guía y la generalizada preocupación que ha llevado a Eusko Ikaskuntza a dedicar el próximo Congreso de Estudios Vascos a los centros de trabajo más frecuentados por los investigadores: los archivos y bibliotecas.

Un segundo rasgo lo constituiría el predominio, dentro de la nueva generación de historiadores profesionales, de “los intentos de analizar científicamente la historia económica y social con primacía sobre la historia política. En conjunto —siguen diciendo— prima la visión de que los soportes económico-sociales son el medio de interpretación de las superestructuras políticas” (12). En definitiva —añado yo—, los nuevos historiadores vascos (muchos de ellos vizcainos) se ven muy influidos, como la historiografía española en su conjunto, por la escuela de *Annales* y las diversas variedades

(11) Véase el trabajo de GARCIA DE CORTAZAR y MONTERO citado en nota 1, p. 432.

(12) GARCIA DE CORTAZAR y MONTERO, op. cit., p. 433.

de la concepción histórica marxista: algo de todo punto natural, si se piensa que eran muy similares el contexto político, el ambiente cultural y el medio universitario en el que se formaron y escribieron sus primeras obras.

Se refieren también García de Cortázar y Montero a la eclosión de publicaciones sobre la historia del País Vasco, especialmente a partir de 1975, en las que “junto a la presencia de la historia elaborada por profesionales, permanece —dicen— la escrita por aficionados a la historia, llegados a ella por móviles políticos” (13). Aquí también estoy de acuerdo con los dos autores citados, aunque, eso sí, me atrevería a matizar su afirmación en el siguiente sentido: en realidad, el fenómeno que más puede obstaculizar el avance de nuestra historiografía no es el “intrusismo” de los aficionados, que fácilmente se reconocen desde lejos, sino la labor de aquellos profesionales que se sienten atraídos por el éxito —comercial y político— que algunos de nuestros “amateurs” han obtenido. Como bien apuntan Montero y García de Cortázar, una de las principales manifestaciones de esta eclosión editorial posterior a 1975 es la proliferación de historias generales del País Vasco, no todas de idéntico valor, pero que en general poco han aportado al avance de nuestra disciplina. Ya lo advertía implícitamente don Andrés, en los párrafos finales de su *Historiografía de Vizcaya*: “No tenemos aún la historia de Vizcaya. Pero no nos apresuremos (14). La relación general del pasado sólo será posible con seriedad científica cuando poseamos un no pequeño número de monografías sobre diversos aspectos, de que aún carecemos y que con excesiva lentitud van saliendo a la luz” (15).

Hasta ahora, y en este apartado dedicado a analizar la recepción por la historiografía vizcaina de la “nueva historia”, podrán pensar Vds., y con razón, que no he hecho sino seguir —con alguna que otra consideración de mi propia cosecha— lo que otros colegas han afirmado ya. Antes de pasar al último epígrafe de mi exposición —el relativo a la crisis de la “nueva historia” y al momento actual de nuestra historiografía— quisiera —no por afán de originalidad, sino porque me parece que sin referirme a ello el cuadro no quedaría completo— añadir otros dos rasgos de nuestra producción historiográfica en los últimos años: el uno (que considero muy positivo, a pesar de que no deja de presentar dificultades), la reanudación de la publicación de obras históricas en euskera, fenómeno como todos Vds. saben muy poco frecuente desde que, hace ciento cincuenta años, escribiera su ya clásica obra el guipuzcoano Iztueta.

El segundo me parece mucho menos positivo, y creo por ello que debo dedicarle una mayor atención: para decirlo lisa y llanamente, pienso que el en principio noble y sano afán “desmitificador” de algunos de los “nuevos historiadores” ha desembocado —quizá contra su propia voluntad y por arte y parte de discípulos demasiado entusiastas— en la aparición de nuevos mitos. Lo que no eran —o no debían ser— más que simples hipótesis de tra-

(12) *Ibidem*.

(14) ¿No es quizá esto lo que ha ocurrido en los últimos años?

(15) MAÑARICUA: *Historiografía...*, p. 441.

bajo y, como tales, punto de partida, no de llegada, de la tarea historiográfica, se han convertido en tesis que un análisis minucioso fácilmente muestra que no han sido probadas y verificadas de forma convincente. Obras destinadas en buena medida a terminar con los “mitos” o “dogmas” —de las dos maneras los denomina don Andrés en un capítulo de su *Historiografía de Vizcaya* que no tiene desperdicio— gestados en el siglo XVI y vigentes aún en el XIX, han terminado por acuñar nuevos dogmas que, no por muy distintos y aún contrarios a los pasados, dejan de ser afirmaciones de gran calado que se dan como demostradas cuando no lo están y entorpecen así el mejor conocimiento de nuestro pasado. Entre ellos, me permitiría enumerar —sin afán ninguno de exhaustividad— los siguientes: la afirmación de que, en el Antiguo Régimen, el sistema foral no concedía a los vizcainos, guipuzcoanos, alaveses y navarros mayor capacidad de autogobierno que a otros súbditos de Su Majestad Católica; la tesis según la cual los conflictos políticos e ideológicos que recorren nuestro siglo XIX no son sino consecuencia de cambios socioeconómicos; la visión de las guerras carlistas como conflictos entre dos nacionalidades distintas, y también la que sostiene que, en definitiva, dichas guerras se reducen a conflictos entre clases sociales y grupos de interés, sin que ni la reivindicación foral ni las convicciones religiosas —reducidas a meros “camuflajes ideológicos” de las clases dominantes— tuvieran un importante protagonismo en aquellos conflictos; la presentación de la Ley de arreglo de Fueros de 1841 en Navarra o de los Concierdos Económicos en las Vascongadas como instrumentos creados única y exclusivamente al servicio de la oligarquía o de la clase dominante; el despegue del nacionalismo vasco como consecuencia fundamentalmente de la aceptación de las ideas de Arana por la “burguesía no monopolista” de Vizcaya; el rechazo del mito igualitario llevado hasta el extremo de negar cualquier diferencia entre la estructura social de las provincias vascas costeras y la propia de otros territorios de la Corona española o de otras monarquías europeas; y, en fin, la identificación entre Iglesia Católica y reaccionarismo, combinada en ocasiones con una segunda tesis, según la cual la violencia en el País Vasco —en el siglo XIX y en el momento actual— es básicamente el fruto del dogmatismo reaccionario que los curas infundieron a los habitantes del País.

4. La crisis de la “nueva historia” y el momento actual de la historiografía vizcaina

No podemos hoy adentrarnos más por esos caminos, sin duda comprometidos, pero que deben ser afrontados si queremos que progrese nuestro conocimiento veraz del pasado del País. Y me parece especialmente urgente y oportuno afrontarlos ahora, cuando, por fin, parece llegar hasta nosotros la noticia de que “*la nueva*” —o mejor, “*las nuevas historias*” (“*Annales*”, marxismos y neomarxismos, Cliometría, etc.) están en crisis.

Frente al abanico de esas “nuevas historias”, cada una de ellas plenamente confiada en su cientificidad y a veces agresivamente despreciativa res-

pecto a la historia “tradicional”, a lo largo de los años sesenta y setenta no sólo se siguió cultivando y desarrollando dicha historia “tradicional”, sino que no faltaron los profesionales que “se atrevían” a dudar de que la nueva o novísima historia de turno fuese la panacea y defendían inteligentemente desde el punto de vista teórico la denostada “historia tradicional”. Y digo inteligentemente porque los más notables de ellos no dejaban de reconocer lo que había de positivo en las nuevas corrientes historiográficas, al tiempo que señalaban sus limitaciones y, sobre todo, rechazaban la interpretación maniquea de aquellos “novatores” que, convencidos de haber encontrado la piedra filosofal que haría por fin de la Historia una verdadera ciencia, despreciaban olímpica y globalmente la tradición historiográfica en su conjunto.

Por otro lado, durante los años setenta se puso de manifiesto un renovado interés, entre historiadores y teóricos de la historia, por el lenguaje historiográfico. El resultado de este conjunto de investigaciones, ciertamente muy diversas entre sí, fue una completa revisión del enfoque nomológico que desde Hempel había aplicado a la Historia la filosofía analítica, enfoque que equiparaba la explicación histórica a la propia de cualquier otra ciencia, natural o social; ahora, por el contrario, se subrayaban el valor explicativo de la tradicional narración histórica, la dificultad de separar la forma del contenido en la obra histórica y la variedad de los estilos historiográficos, las diferencias esenciales —en suma— entre el modo de conocer y exponer propio de la historia y el de las ciencias naturales o el de aquellas ciencias sociales asimilables a éstas.

Aunque los síntomas y los diagnósticos no habían faltado en los años anteriores, fue quizá la publicación por Lawrence Stone, en 1979 y en la revista *Past and Present*, de su artículo “The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History”, la que dio carta de naturaleza a la crisis de las “nuevas historias” o, en palabras del propio Stone, la crisis de los distintos intentos de lograr una “historia científica”. En los años siguientes se han hecho otros diagnósticos de la crisis y se han adelantado muy variadas soluciones: análisis interesantes y muchas veces divergentes de un presente que se considera crítico y un futuro a la vez problemático y esperanzado. En tal situación es enteramente comprensible la también reciente renovación del interés por la historia de la historiografía a la que aludía al comienzo: como siempre en épocas de crisis, se vuelve al pasado en busca de las raíces de los problemas presentes y también para reexaminar viejas vías que se creían muertas y que ahora parecen nuevamente interesar.

¿Cómo y en qué medida se han recibido en España los recientes cambios en el panorama historiográfico internacional? Y en Euskal Herria, y en Vizcaya: ¿también entre nosotros ha comenzado —para emplear la feliz expresión del Prof. Charles Olivier Carbonell— “la revancha de Herodoto”? A mi juicio, se aprecian algunos síntomas de ello, pero todavía débiles. Es verdad que hace ya años se ha hablado y escrito sobre la decadencia de los *Annales*, pero por parte de representantes de una historiografía, la marxista, cuyos postulados no están menos puestos en discusión en la presente situación de cambio.

Es notorio también que algunos de los principales representantes de nuestro país de la escuela de “Annales” han evolucionado y rectificado en parte sus puntos de vista, del mismo modo que lo han hecho sus colegas de otros países: han suavizado las distancias entre la “historia tradicional” y la “nueva historia”, que algunos en los primeros años presentaban como la quintaesencia de lo malo y lo bueno, respectivamente; y han aceptado como positivos —o incluso han propiciado— algunos de los cambios a los que nos vamos a referir inmediatamente. El nuevo interés por el papel de las personalidades en la Historia y la consiguiente revalorización de la biografía como género histórico; el creciente número de historiadores que trabajan en temas de historia cultural e intelectual; y, quizá sobre todo, la profunda renovación de la durante lustros despreciada historia política e institucional, son, a mi modo de ver, los principales de esos cambios.

Son algunos síntomas, pero —como decía antes— todavía débiles, entre otras cosas porque lo que hoy por hoy mejor se acepta aquí es “lo más viejo de lo nuevo”, esto es, las rectificaciones parciales a que en el último decenio se han visto obligados los “annalistes” y los distintos marxismos y neopositivismos (16).

* * *

Concluyo. En el momento presente de nuestra disciplina, un momento de reconsideraciones y de cambios, que creo y deseo nos conduzca hacia un panorama historiográfico más abierto y plural, a una situación en la que se haga normal entre todos nosotros lo que Geoffrey Elton (17) no hace mucho recordaba que es la verdadera controversia —el debate sobre cuestiones y problemas— un signo tan claro de salud como lo son de decadencia mental las falsas polémicas —esto es, los ataques “ad hominem” y “ex cathedra”; en un momento así, me parece que el testimonio vital, la obra y el magisterio de D. Andrés de Mañaricua son para nosotros especialmente valiosos, al menos por tres razones entreveradas entre sí.

Terminaba D. Andrés su ensayo de 1979 sobre la situación de los estudios históricos en el País Vasco con la siguiente “advertencia a los investiga-

(16) Un ejemplo entre tantos otros posibles: si es exacto el resumen que de su intervención en el Curso de Verano de la Universidad del País Vasco “Euskal Herria: Presente y Futuro” publicó la revista *Ereiten* (7, julio-octubre 1985, p. 82), el escritor y político Mario Onaindia decía en ella lo siguiente: “La tendencia en Euskadi es (...) la de asimilar la técnica pero no la ideología. De esta dinámica salvó (Onaindia) la labor de un grupo de historiadores vascos, Javier Corcuera, Juan Pablo Fusi, Gurutz Jaúregui, Jon Juaristi, Emiliano Fernández de Pinedo o Albadalejo (sic), de los que dice que ‘no se han limitado a asimilar una técnica sino que han adquirido una base científica sólida por vía del análisis materialista’”. Si se me permite el comentario —y sin especular sobre lo que podrían decir los especialistas citados de su inclusión en un grupo con tal denominador común—, se trata de una afirmación verdaderamente “bizarra” (perdóneseme el galicismo) para ser hecha a las alturas de 1985; y, en caso de ser exacta, no haría sino confirmar una vez más lo que parece una ley de nuestra historia intelectual contemporánea: que los movimientos renovadores llegados de otras áreas culturales alcanzan aquí su cénit cuando su decadencia es ya patente en los países exportadores.

(17) Cfr. G. R. ELTON “Two kinds of History”, en R. W. FOGEL y G. R. ELTON, *Which Road to the Past? Two Views of History* (New Haven-Londres, Yale University Press, 1983), p. 104.

dores. El único objetivo de su labor es hallar la verdad. El historiador se debe a la verdad. Es sabido cuántas dificultades ha de superar para lograr una plena objetividad o, al menos, acercarse lo más posible a ella, (pero) no es científico, ni admisible, ni honesto ir a la historia, no en busca de la verdad, sino de la confirmación de las ideas personales, sean las que sean” (18).

Esta es, a mi modo de ver, la primera lección que nos ha dado y nos sigue dando D. Andrés: el amor a la verdad. La segunda no se opone a la primera, por más que sea difícil conjugarla con ella: me refiero al amor al propio pueblo. “He trabajado en el pueblo vasco —podría decir D. Andrés, como lo dijo nuestro Presidente y se recoge en la preciosa biografía que le dedicó su sobrino—, porque en él he nacido y porque soy vasco. He amado a mi pueblo —concluía D. José Miguel de Barandiarán con una observación que no se nos puede pasar por alto—, he amado a mi pueblo, pero no con exclusivismo” (19). Y es ese amor al propio pueblo el que empujó sin duda a D. Andrés a estudiar su historia. “¿Por qué nos sumergimos en el pasado? —se preguntaba no hace mucho nuestro colega francés Jean de Viguerie—. Quizá, porque tengamos la voluntad (...) de salvar lo que podría ser olvidado, quizá porque queramos hacer algunas veces una obra de caridad y de justicia. Pero creo que lo hacemos, sobre todo, por instinto. Es una especie de instinto invencible que nos empuja hacia el pasado como si quisiéramos abolir el tiempo (...); si debemos, si queremos preservar la historia (...) es simplemente porque queremos preservar la naturaleza humana que contiene este eco del conocimiento humano” (20); es también, me permito añadir, porque creemos que el conocimiento del pasado de nuestro siglo nos da una de las claves —no *la* clave, como pensaban los románticos alemanes— para entendernos a nosotros mismos. De ahí que el historiador tenga su propio y específico modo de servir a su pueblo. “No negamos al historiador —ha escrito D. Andrés—, como hombre y como ciudadano, el derecho y el deber de tener unas ideas políticas”. Pero deben deslindarse claramente los campos y “su servicio al país como historiador es decirle cual fue su verdad en tiempos pasados” (21).

Amor a la verdad, amor a su pueblo. Pero creo que no comprenderíamos cómo y por qué entiende y vive D. Andrés tales principios si prescindiéramos, en el análisis de su obra, de sus hondas y recias convicciones cristianas. Y me permito citar por segunda vez en poco tiempo a nuestro Presidente: alguna vez ha dicho D. José Miguel (22) que él recuerda en muchas ocasiones unas palabras oídas frecuentemente a nuestras gentes: “ez gera gure

(18) MAÑARICUA: “Estudios...” (cit. en nota 1), p. 139.

(19) L. DE BARANDIARAN IRIZAR: *José Miguel de Barandiarán. Patriarca de la cultura vasca*, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1976, p. 196. El texto procede del “Diario” de D. José Miguel y está fechado el 31-XII-1939.

(20) J. DE VIGUERIE, en el “Debate Conclusivo” de las actas de las III Conversaciones Internacionales de Historia (Pamplona, abril 1984), dedicadas a *La Historiografía en Occidente desde 1945* (Pamplona, EUNSA, 1985), p. 499.

(21) MAÑARICUA: “Estudios...”, p. 140.

(22) L. DE BARANDIARAN IRIZAR, op. cit., p. 247. Es parte de una respuesta a la entrevista que su sobrino, el autor del libro, le hizo a D. José Miguel a fines de 1974.

baitan”, “no dependemos de nosotros mismos”. Ahí se asienta, creo, el remedio más radical contra cualquier dogmatismo, la honda fuente de un aguzado espíritu crítico que no desemboca, sin embargo, en el escepticismo: porque esa profunda convicción permite, al mismo tiempo, confiar en que la ciencia puede acercarnos poco a poco a la verdad y desconfiar de nuestros propios prejuicios y de los de los demás; por ello, pienso, ha podido D. Andrés trabajar con tenacidad año tras año, empeñado en buscar la verdad sobre el pasado de su pueblo. D. Andrés: muchas gracias por todo lo que Vd. ha descubierto y nos ha transmitido; muchas gracias, sobre todo, por el talante y la personalidad con la que ha trabajado y continúa laborando, Dios quiera que por muchos y fecundos años. ¡Eskerrik asko, Jauna!

Sr. D. José María Makua, diputado general de la Diputación de Vizcaya, tiene la palabra.

JOSE MARIA MAKUA

Arratsaldeon kulturadun jaun andreok. Esaten aurretik, bearrezkoa danez zeozer esan bear dot, nik prestatutako itzak ez dira baiña ba dira itzak gogorazteko. “Paper zaharrak arakatu eta indar-barritu, aztertu eta zuzendu, billatu, alkartu eta heuretako irakatsiak atera eta heuren zentzu eta adierazpenak liburu mardul eta jakintsuetan jendeari eskeintzen. Bizi guztia paper artean eta beti ikasi eta ikasteko, erakutsi eta erakusteko. Hau da gure D. Andres-en bizitza”. Honek dira itzak guk Gernikan orain dela ia zazpi ilabete esan genduan. El 20 de diciembre del año pasado, en la Casa de Juntas de Gernika, decía que cualquier intento de resumir los méritos de D. Andrés Eliseo de Mañaricua sería tan ingenuo como imitar al ángel que S. Agustín vio en la playa, tratando de recoger con una concha las aguas del mar. Además, en aquella ocasión otro eximio vizcaino, D. Adrián de Celaya e Ybarra, se encargó de trazar la semblanza de nuestro primer Bizkaiko seme bikaiña, dejándome a mí con su exhaustivo conocimiento de D. Andrés sin argumentos ni casi para hablar. Hoy me ocurre algo parecido; la personalidad de quienes me han precedido en el uso de la palabra hace que mi intervención deba ser humilde en extremo y desde luego será muy breve. Tengo la sensación de que aquí en este homenaje de Eusko Ikaskuntza a D. Andrés Eliseo de Mañaricua nos hallamos en la desembocadura de un gran río. El río de esa gloriosa tradición, cuyo caudal de trabajo y de dedicación, honestidad y amor a esta tierra nuestra se fue enriqueciendo con la constante aportación de afluentes tan poderosos como: Iturriza, Labayru, Azkue, Barandiarán, todos ellos vestidos como el mismo D. Andrés de la doble condición de sacerdotes y hombres de fe. Todo este ingente trabajo, toda esta riqueza, todo este caudal, desemboca en la mar de la cultura que es nuestro común patrimonio y luego el sol evapora esas aguas que se condensan en nubes que hacen llover sobre otras generaciones y se forman nuevos arroyos, jóvenes oleadas de estudiosos, promociones que se suceden forjan-

do nuestra mejor esperanza para ello. En este acto de Gernika resumí la personalidad del homenajeado con cuatro palabras que ahora quiero repetir: hombre, sacerdote, investigador, maestro; son las cuatro dimensiones, una de ellas de carácter sobrenatural, de nuestro buen amigo D. Andrés. En mi calidad de Diputado General de Vizcaya, felicito a Eusko Ikaskuntza por este homenaje tan justo y merecido por quien supo inspirar a la Diputación que tengo el honor de presidir la creación del título “Bizkaiko seme bikaina”. Zorionak zuri, Mañaricua jauna eta eskerrik asko Eusko Ikaskuntzari eta danori be eskerrik asko.

MANUEL LEKUONA

D. Andres, entzun ditugun batza guztiak entzunda, nik ez daukan ezer esaterik. Ezin esan, esan bear ziran guztiak baiña esandakoak egiak dira, eta aundiak gainera, egi aundiak. Baina egi aundi horrek truka, Eusko Ikaskuntzak, nola esango degu, sari bat, saria be ezta, muestratxo bat, zeozer olangoa beintzat egiña ei dino gure D. Andresi gaurko egun honetan nere eskuan bitartez. Orregaitik, D. Andres artu beza Eusko Ikaskuntzak eta Eusko Ikaskuntzan izenean, Euskalherriak opa dizuen muestra txiki honengaitik.

ANDRES MAÑARICUA

Mis queridos amigos: Tan sólo dos palabras, o mejor diría yo, una sola palabra por mi parte para cerrar este acto. Muchas gracias, gracias a todos, a los que estáis aquí presentes, a los que por distintas circunstancias no hayan podido acudir, a todos aquellos a quienes pueda interesar estos temas íntimamente ligados a nosotros. Muchas gracias y os lo digo con todo corazón. Para mí el trofeo Lekuona tiene una significación muy amplia; me habla no sólo de un premio otorgado hoy, me habla de muchos años de estudios, de convivencias, de trabajos, con todos los cuales viene a ser la vida de un hombre. Gracias a todos, y os lo digo, la verdad es, de todo corazón. No soy hombre, especialmente, ligado a posibles cuestiones, pero, ciertamente, hay momentos en los cuales en la vida no se pueden hacer distinciones y separaciones que harían perder valor y significación a muchos de nuestros actos.

No voy a entrar a valorar mi aportación, mis estudios que se hayan dado acerca de ella, el tiempo se encargará de deslindar lo que haya adquirido un valor definitivo y lo que hayan sido simplemente, más o menos, improvisaciones o afirmaciones precipitadas muchas veces. Gracias a todos, gracias por vuestra presencia aquí y que sirva a todos también este acto como un aliciente para seguir lo que yo llamaría, simplemente, cumpliendo nuestro deber. Vamos a dejarnos de muchas retóricas, más o menos adornadas con días más o menos importantes, a veces, quizás, no interesantes al caso pero efectivamente vamos a hacer cada cual con sencillez, vamos a hacer aquello

que nos pide nuestra propia conciencia de personas y de cristianos. Vamos a cumplir nuestro deber, que si todos cumplimos nuestro deber esa obra de conjunto final y definitiva, será ciertamente interesante, será ciertamente digna de aprobación y de admiración. Aquí en la persona de D. Manuel de Lekuona, quiero yo agradecer la presencia del gran ausente de este acto que es D. José Miguel Barandiarán. Yo no puedo separar en la evolución de mis estudios lo que he ido recibiendo de una manera, más o menos, informal de personas con las cuales he convivido a lo largo de los años. D. Manuel es testigo de aquellos primeros balbuceos de un seminario que se formó en el Seminario de Vitoria y que tuvo, precisamente, como origen la reacción ante pretendidos y doy a la palabra pretendido toda su significación incluso peyorativa, ante pretendidos pontífices de la historia que se presentaban con palabras que parecían ser ya definitivas y ante las cuales sólo cabía una inclinación reverente. Una inclinación reverente ante historiadores yo creo que no se puede pedir nunca. Podemos pedir respeto, podemos pedir admiración, podemos pedir asentimiento, más o menos, completo pero siempre tenemos que tener en cuenta que la historia la estamos haciendo paso a paso y la estamos haciendo todos. Creo que en esto estará de acuerdo conmigo D. Manuel. D. Manuel es uno de los quizás primeros responsables de mis primeros pasos en la investigación histórica.

D. Manuel Lekuona: Si yo soy responsable, lo recojo, pero con verdadera convicción.

D. Andrés de Mañaricua: Bueno D. Manuel, pues muchas gracias a Vd. y a todos y que nos encontremos muchas veces en actos similares.

D. Edorta Kortadi: Para cerrar este acto el Coro de Cámara Doñu Zaharra de Durango, cuya directora es Amaya Gorrotxategi.

Doñu Zaharra es un coro de cámara compuesto de doce voces mixtas. Desde su fundación, hace ya tres años, el coro se ha dedicado al cultivo de la música polifónica del Renacimiento, abarcando desde el Villancico Popular y Cortesano del Cancionero Musical de Palacio hasta el Madrigal de Monteverdi, aunque prestando una mayor atención a la música profana que a la sacra. Desde sus inicios el coro de cámara Doñu Zaharra ha pretendido reunir un archivo musical consistente para poder contribuir a la divulgación de una música para muchos desconocida y a la que el coro ama profundamente. Es por esta voluntad de divulgación por la que el coro se ha presentado en diversas localidades de Euzkalerria: Bilbao, Donostia, Getxo, Durango y del resto del Estado español. Ha obtenido el primer premio en el concurso nacional de jóvenes intérpretes organizado por Juventudes Musicales de España y celebrado en Alcalá de Henares en 1985. Con motivo de este premio tomará parte este mismo año en un concierto a celebrar en el Teatro Real de Madrid, junto con los demás galardonados del Estado y de Europa. Ha participado en los circuitos culturales "Herriz Herri 86" organizados por

la Excma. Diputación de Vizcaya. También ha efectuado una gira por Andalucía en las recientes fiestas navideñas, asimismo realizará en la próxima primavera otra gira por el sur de Italia invitado por el Centro de Actividades Musicales de Calabria. En primer lugar, 3 obras de Upsala: “Vi los barcos madre”, “Ojos garcos a la niña”, “Con qué la lavaré”; “La Justa”, de M. Flecha el Viejo; “Sicut cervus desiderat”, de Palestrina; “Weep o mine eyes”, de J. Bennett; “Lo mi son giovinetta”, de C. Monteverdi y “Aita gurea”, de Madina.

NOTA: Todos los textos han sido transcritos de la cinta magnetofónica, a excepción del Profesor Ignacio Olabarri que se ha basado en los folios allí leídos.